

# **EL FINAL DE MALABO**



Dibujo: Luiyi

A pesar de que el viaje de vuelta había comenzado veinte horas atrás el tiempo giraba a una velocidad frenética, casi endiablada.

Sentado entre esos militares, sentía que las arenas de su reloj de arena se hacían movedizas, atrapando y engullendo su propia vida. Allí, mirando esa tierra querida, deseaba ser Malabo de nuevo, y volver a aquel sucio aeropuerto de España, rodeado de casi un centenar de hermanos hacinados en una sucia y oscura sala... aunque fuera allí donde llegó a sentirse no persona por vez primera en su vida.

En realidad su viaje había comenzado dos años antes, cuando salió de unas tierras que ahora veía a través de ese jeep que le devolvía a sus entrañas.

En su viaje nunca existió ni la ida ni la vuelta, y lo más triste era que eso él siempre lo supo. Incluso antes de salir.

Esposado, como un delincuente, esperaba un último milagro que temía que no llegaría jamás.

El milagro esperado podría ser – pensaba – que el jeep volcara, que le devorara una manada de leones, que les atacaran los grupos de guerrilleros, o cualquier otra cosa que le acercara a la muerte que deseaba.

Casi tres años después volvía a recuperar su legítimo nombre... volvía a ser Moussa.

Malabo, al que nunca había apreciado por una vida miserable, había desaparecido ya para siempre. Y era en ese trágico momento en que la noche abría sus fauces ensangrentadas y sedientas de sangre, cuando empezó a echarle de menos.

Malabo no tenía nada... ni siquiera era hombre, pero no tenía tanto miedo como tenía Moussa.

Malabo se había enfrentado a policías, a blancos con cabezas rapadas y armas, a hambre y a sed, a desprecios, a vejaciones...

Moussa, en cambio, sólo tenía que enfrentarse a unos ojos negros como el cielo que le cubría, pero esos ojos eran demasiado para él.

Moussa no tenía fuerzas para enfrentarse a su futuro. Y más cuando sabía que el futuro no era mas que una quimera, un imposible, un sueño para el que nadie le había enseñado a soñar.

Casi tres años después, volvía con menos de lo que se había llevado. No volvía con dinero para comprar una casa, tampoco volvía con regalos, y, lo peor de todo, hasta había perdido la dignidad y, lo que era peor, la esperanza.

Allí, en esa Zomba que tanto había echado de menos, pero que tanto temía, siempre había sido dueño de su sonrisa, de su vida, a pesar del hambre.

Salió del infierno para acercarse al cielo, y ese cielo no existía.

Si al menos fuera así – pensaba incapaz de comprender – pero el cielo sí existía allí, tras el mar. El problema era su color de piel, su procedencia, su África natal.

Los marcados con su piel no tenían cabida en ese cielo... ni siquiera disfrazados.

Allí todos llevaban alas y pieles blancas. En cambio él vestía una piel muy distinta, marcada para el dolor y para la invisibilidad.

El maldito y cruel destino había vuelto a darle la espalda, una vez más... y ya eran demasiadas.

Inmerso entre los gritos silenciosos del desierto nocturno sentía que la vida se le escapaba, empujada por la blanca mano que le había colocado de nuevo en medio del útero de la oscuridad.

Moussa estaba destrozado por un miedo de nuevo desconocido. Por suerte, al menos ya había desaparecido el dolor.

Presa del azar fue elegido como víctima, y aún no había podido apartarse del camino marcado a pesar de correr, de huir, de esconderse, y hasta de hacer mil y una trampa.

De nada sirvió ese camino recorrido, sino para convencerse de que los suyos no tenían esperanza... ¿qué esperanza podía tener alguien que no existía?.

En el viejo jeep volvió a cerrar los ojos, pero sus labios no podían permitirse más sonrisas.

Moussa volvía con los suyos, pero no podía permitirse la alegría. En el paraíso soñado le habían despojado de su traje de hombre, y nada peor que eso para un guerrero malauí, como él se había sentido siempre.

- Llegamos a Zomba – dijo el soldado.

Moussa buscó fuerzas para un nuevo asalto, un último intento de huir de la peor de sus suertes.

Su propio cansancio – físico y mental – le hizo olvidar que estaba esposado y con los pies atados por culpa de un anterior intento de fuga,. Nada pudo hacer.

Por la vieja carretera el coche entró en la parte trasera del pueblo. Las calles de barro rojizo seguían con sus árboles y arbustos pegados a las casas blancas y grises. Sus pequeñas ventanas de madera oscura estaban cerradas, y sus tejados marrones desalojaban el agua que aún caía del cielo.

El coche se detuvo frente a la vieja misión abandonada. Ahora era la cárcel de Zomba.

Al parar el coche vio unas extrañas siluetas, inmersas en la oscuridad.

El miedo volvió a apoderarse de él mientras los militares le soltaban y le sacaban del coche.

Quiso luchar con ellos para que no le sacaran del vehículo, pero entre la oscuridad consiguió ver el negro rostro que le observaba a lo lejos. Fue entonces cuando realmente deseó morir...

Al salir del coche los militares le abandonaron, adentrándose en la antigua misión.

Moussa permaneció estático, bajo una suave lluvia que atraía hacia él miles de olores, fragancias y sabores de antaño. Fue ahí cuando una extraña fuerza volvió a su cuerpo, pero seguía sin reunir las necesarias para avanzar hacia esa silueta estática que no dejaba de mirarle.

**Si te gustan los finales felices sigue leyendo. Si, en cambio, prefieres un final menos feliz, vete hasta "final alternativo"**

Casi una decena de las siluetas se alejaron cabizbajas, con paso cansino, pero allí seguía una.

Tras varios segundos la visión se hizo más clara.

Era su esposa quien le estaba esperando, como hacía todas las noches a esa misma hora, la hora en la que los militares traían de vuelta a todos aquellos que habían sido devueltos del paraíso.

Noche tras noche, como había hecho todas las noches, allí acudía con el resto de mujeres que permanecían aún a la espera.

Embarazada, recién parida, con altas fiebres, casi sin comer, pero sabiendo que, tarde o temprano, volvería junto a ella.

No todos volvían, pero sí la gran mayoría.

En sus brazos portaba algo pegado a su pecho.

- Mi hijo - lloró Moussa, sintiéndose peor aún.

Moussa estaba inmóvil, y no podía acercarse... tampoco era capaz de averiguar si era lo que realmente le apetecía.

Fue, entonces, ella quien se acercó, con paso firme y digno, pero con la mirada perdida en el suelo... Ella tenía más miedo que él.

Los dos se sumergieron en un extraño y cálido llanto. Moussa, recordando a aquel Malabo lleno de esperanzas, permanecía estático, con lágrimas en los ojos, intentando encontrar las palabras justas para pedirle perdón.

Ella, que era su verdadero ángel de la guarda, como lo fue la hermana Brígida en España, le abrazó con todas sus fuerzas.

Malabo, tan emocionado como desorientado, pudo oír su fuerte respiración. También recibió una de sus dulces lágrimas caer por su hombro, y, por fin, acarició su pelo impregnándose de su maravilloso y añorado olor.

- querida, yo... - intentó hablar, ahogado por la emoción al intentar dibujar el perfil de su boca con ayuda de uno de sus dedos
- no digas nada – detuvo ella sus palabras, observando su angustia, posando también uno de sus dedos en sus labios, y mirándole con ternura – estás aquí conmigo... eso es lo importante
- pero tus padres... la casa...
- mis padres murieron después de irte
- ¿cómo? – preguntó confuso
- ahora lo que importa somos tú, yo... y Moussaim
- ¿Moussaim? – preguntó recuperando todas esas lágrimas que le habían robado en el paraíso
- sí, el hijo de Moussa.

Tres años después de ese día Moussa aún piensa a diario en ese paraíso al que todos quieren ir.

Moussa vuelve a llamarse Malabo, y ahora trabaja en la misión.

Ayuda a los niños, carga sacos, limpia, arregla todos los desperfectos, a cambio de comida para él, su mujer, su hijo y su hija.

Todos los jóvenes quieren salir del infierno, pero Malabo les ayuda.

Les habla de mafias, les habla de inhumanidad, les habla de clases sociales, les habla de pobreza y riqueza, les habla de tristeza, les habla de insolidaridad... y les habla de un camino muy largo que, tarde o temprano, tendrán que hacer de vuelta.

A algunos consigue salvarles. Otros prefieren no escucharle, como él mismo hizo.

Ahora le gusta su trabajo porque sabe que puede ayudar, pero no deja de pensar en todos esos que parten a diario, y en todos esos que quedaron allí, a expensas de un hombre blanco que no sabe que ellos existen.

Una noche de luna llena, de esa luna maravillosa de la que nunca pudo disfrutar en España, habla con su esposa, tumbados los dos bajo un frondoso árbol mientras escucha ese maravilloso silencio.

- ¿Cómo es? – le pregunta

- ¿el qué? – pregunta Malabo, mirando la luna, disfrutando del silencio, y acariciando esa piel que tanto echó de menos
- España... la tierra de los blancos... el paraíso
- es un infierno, querida. El paraíso está aquí
- pero si aquí hay hambre
- sí, pero hay humanidad...
- ¿y no hay nada bueno allá? – volvió a preguntar
- claro que sí, querida, claro que sí – le dice mirando a su hijita, que duerme a su lado, acurrucada sobre su hermano de cinco.
- ¿el qué?
- allí está mi ángel de la guarda – dice Malabo, acariciando los rizos de Brigita, su pequeña hija.

Dedicado a todos esos ciudadanos del mundo invisible  
y a Brígida Moreta (su ángel de la guarda)

Dibujos: Luiyi.

### Final alternativo

Casi una decena de las siluetas se alejaron cabizbajas, con paso cansino. No eran lo que habían ido a buscar.

Moussa sintió un escalofrío, y les gritó para que se detuvieran.

Todas las siluetas seguían su paso fúnebre, sin mirar atrás.

Entonces comprendió.

Corriendo por las calles embarradas el miedo se fue apoderando de él. La mayoría de las casas estaban abandonadas, quemadas, o destruidas.

Al llegar a la vieja casa de los padres de su esposa un nuevo sentimiento de rabia y angustia se apoderó de él.

- inoooooooooooooooooooooooooooo! – gritó, venciendo a los mismos truenos que rugían sobre su cabeza.

La casa había sido quemada completamente. El viejo techo estaba negro, y las paredes también.

Armándose de un valor robado sin duda abrió la vieja puerta, quemada también. El olor era intenso, desagradable, pero desconocido.

Abrió las dos pequeñas ventanas, y la luz empezó a adentrarse en la pequeña vivienda de barro.

Tropezó con un cazo, con varias piedras, y siguió caminando hasta que la peor de las visiones le hizo correr y alejarse de allí.

Entre vómitos cayó al frío suelo de la calle, inmerso aún en esa terrible visión.

Una mano tranquila acarició entonces su cabello.

- Tranquilo Moussa – le dijo una conocida voz femenina.

Al volverse pudo ver, ocultando la luz de la luna, ese bello rostro que un día sintió muy cerca.

- Mama – exclamó entre lágrimas

- lo siento mucho, Moussa... el tifus se la llevó, y a Moussaim – dijo la vieja mujer, con lágrimas en los ojos



- ¿cuándo?
- no hace ni un mes. Un brote repentino se llevó a muchos
- ¿y padre? – preguntó por su suegro
- también. Los militares quemaron las casas con los cuerpos dentro. Lo siento mucho, hijo.

Noche tras noche Moussa piensa en ese paraíso del que tanto le hablan los jóvenes en la misión donde trabaja, allá en Zomba. Él intenta ser fuerte, y les instruye para que no se vayan... pero muy pocas veces puede convencer a alguien que quiere comer para que no avance hacia la comida.

Por las noches llora en solitario, abrazado a un viejo sentimiento de culpa, destrozado por esa terrible visión que imita para conciliar el sueño.

Al entrar en la vieja casa pudo ver los huesos de su esposa, acurrucada, abrazando a su pequeño Moussim.

Imaginándola cantándole esa vieja canción de cuna, con el niño sobre su pecho, se dormía esbozando la única sonrisa que le era permitida utilizar a lo largo de todo el día. Y entre sueños, de sus labios salían esbozos de esa canción.

*Afrika a a a Afrika mon Afrique*

*Sama gent gi maa ngi ñaan Yalla wonma ko bala may ñibbi barsaq*

*Ma ne bes du ñakk ci bes yi Afrika don benn reew*

*D'ici ou d'ailleurs nous somm' des enfants d'Afrique*

*Mêm' si le ciel tombait luttons pour la paix*

*Kon jammu Afrika moom lay ñaan*

*Mané jammu Afrika mooy suñu natange*

*Afrika a a a Afrika a a*

*Afrika a a a Afrika mon Afrique*

Dedicado a todos esos ciudadanos del mundo invisible  
y a Brígida Moreta (su ángel de la guarda)

Dibujos: Luiyi.